



Ovidio



reducido a apenas un puntito sudoroso allá a lo lejos, y eso que venía ocupando en las cuatro últimas temporadas el número dos en el ranking; rendido por el enorme esfuerzo y con una ceja rota y maldiciendo con voz entrecortada por la ira y jurándose no volver a participar nunca en un combate tan amañado porque *yo* — se pavoneaba con sus amigos en el bar — *se, y de muy buena tinta, que hay tongo.*

—Puede — porque Pascual, aunque no había encontrado nada enteramente concluyente después de haberse repasado el código penal de cabo a rabo, también tenía sus dudas como era, a pesar de que no lo pareciese escudado tras su máscara de timidez y sonrisita servicial que era, a lo mejor, lo que hacía que mamá lo tratase con la deferencia con que se suele tratar a los niños que han venido nada más de visita, tan terriblemente desconfiado — pero para llevar el caso ante los tribunales necesitamos pruebas.

—“¡Pruebas!”, ¿qué pruebas, si es vox populi?

— ¿Y qué es eso?

—“¿Y qué es eso?” ¡Hombre por favor: algo que sabe todo el mund...

— ¡Pero... y sea lo que sea; a ti qué más te da, déjate ahora precisamente — aconsejaba uno de los amigos más sensatos — de latines; el populacho enardecido, Ovidio, puede decir cualquier cosa!

Y que lo dejasen a él, *dejadme eso a mí*, dijo. Que él sabría cómo arreglarlo...